

# JACK HIGGINS



**TEMPORADA  
EN EL INFIERNO**

París, 1983. Un joven estudiante de Cambridge entra en un bar de París y hace unas preguntas. Por la noche su cadáver aparece en los oscuros y sórdidos malecones del Sena.

Su madrastra, la joven viuda Sarah Talbot, decide investigar por su cuenta las causas de la muerte de su adorado hijastro. Para ello cuenta con la ayuda del enigmático sargento Sean Egan, miembro de los GEOS británicos y experto en matar y sobrevivir. Pero en su afán de conocer la verdad, Sarah no sólo debe hacer frente a fuerzas secretas y poderosas, legales e ilegales, sino también al misterioso «señor Smith» y al encantador Yago, que actúan según sus propios y perversos valores morales.

Para escapar con vida de ese mundo sórdido y cruel, donde la codicia y la violencia imponen su ley, Sarah y el sargento Egan han de pensar y actuar como sus enemigos, y su sed de justicia los llevará a pasar una temporada en el infierno...

*Para Shirley Cooper*

La venganza es una temporada en el infierno.

*Proverbio siciliano*

# 1

Apenas pasadas las cuatro, cuando la luz del alba comenzaba a filtrarse entre las cañas de bambú que tenía sobre la cabeza, empezó a llover de nuevo. Primero fue una llovizna suave, que luego se transformó en un chaparrón compacto del que era imposible escapar.

Sean Egan se hallaba en cuclillas en un rincón, con los brazos plegados y las manos apretadas contra las axilas para conservar el calor del cuerpo, pese a que ya no le quedaba demasiado calor después de cuatro días. El pozo medía un metro veinte de diámetro, de modo que le resultaba imposible acostarse aunque lo hubiese querido. Recordó haber leído en alguna parte que los gorilas eran los únicos animales que podían tenderse sobre sus propios excrementos puesto que no les daba asco. Él no había llegado aún hasta ese punto, aunque ya hacía mucho que se había acostumbrado al hedor.

Estaba descalzo, pero lo habían dejado con los pantalones y la chaqueta de camuflaje. En la cabeza llevaba anudada una especie de turbante color caqui, a la usanza del desierto. Tenía el rostro demacrado y tensa la piel que recubría sus pómulos. Los ojos, de un azul intenso, tenían una mirada inexpresiva mientras aguardaba, mojándose bajo la lluvia que caía por entre las cañas de bambú que había tres metros más arriba de su cabeza. La tierra de las paredes estaba mojada, y cada tanto algún terrón se desprendía de los lados y caía al agua del fondo, que ya tenía unos ocho o diez centímetros de profundidad.

Aguardó, indiferente a todo, hasta que por fin oyó ruido de pasos y alguien que silbaba en medio de la lluvia. El hombre de arriba vestía un uniforme de camuflaje parecido al suyo, pero lo distinto era el estampado de la tela, diseñado por el ejército ruso para utilizar en la ocupación de Afganistán. Se trataba de un sargento, según se advertía por los galones que llevaba en las puntas del cuello. En la gorra, la estrella roja del ejército soviético y la insignia del Regimiento 81 de Paracaidistas de Asalto.

Egan lo reconoció todo pues ése era su trabajo. Miró hacia arriba y esperó en silencio. El sargento llevaba un rifle de asalto AK en una mano, y en la otra una lata de rancho militar con una cuerda atada.

—¿Todavía ahí? —Gritó alegremente el hombre en inglés, y apoyó el AK a su lado—. Debe de estar húmedo ahí abajo. —Egan no respondió nada, sino que se quedó sencillamente esperando—. ¿Sigue sin hablar? Ya verá cómo habla, amigo. Al final siempre terminan cantando. —Bajó la ración por entre las cañas—. El desayuno. Esta mañana, café solo. No queremos que recobre las fuerzas.

Egan tomó la lata y la abrió. En efecto, había café humeante, increíblemente caliente. Trató de contener las náuseas, ya que hasta el olor del café lo descomponía. Beberlo le era imposible, cosa que los que le habían capturado sabían.

El sargento se rió.

—Pero claro; usted sólo toma té. Qué pena. —Se desabrochó el pantalón y orinó por entre los pliegues—. ¿No tiene ganas de cambiar un poco?

Como no podía esquivarlo, Egan se quedó acurrucado en un rincón, mirando hacia lo alto, sin pronunciar ni una palabra aún.

El sargento tomó entonces su arma.

—Volveré dentro de cinco minutos y espero encontrar la lata limpia y vacía. Pórtese bien y bébaselo todo, porque de lo contrario tendré que castigarlo.

Se alejó, y Egan siguió aguardando con cara de concentración. Cuando oyó que se alejaban los pasos del sargento, se levantó. Cinco minutos. Su única oportunidad. Se arrancó el turbante color caqui y quedó al descubierto que la única parte intacta era la exterior; el resto lo había ido rasgando durante la noche hasta convertirlo en tiras que, cuidadosamente trenzadas y unidas todas, formaban una especie de sogá rudimentaria. Rápidamente se la sujetó por debajo de los brazos, se pasó un lazo alrededor del cuello y se colocó después la punta suelta entre los dientes. Apoyó la espalda contra una pared del foso, hizo fuerza con los pies contra la otra y logró subir hasta que pudo tocar las cañas de bambú. Cogió el extremo libre de la sogá y la pasó alrededor de dos cañas; luego hizo un fuerte nudo.

Silencio. Sólo se oía el ruido de la lluvia. Advirtió que el sargento se acercaba. Dejó pasar los segundos; luego retiró los pies de la pared y cayó, al tiempo que lanzaba un grito.

El bambú le salpicó en toda la cabeza; su cuerpo rebotó y quedó suspendido. Giró la cabeza a un lado de modo que se notara que el cordón le rodeaba el cuello. La sogá se le clavaba en las axilas por el peso que soportaba.

Sabía que ya tenía arriba al sargento. Oyó la exclamación de espanto que lanzó el hombre cuando sacó un cuchillo de combate de la bota y se agachó para cortar la sogá atada entre las cañas. Egan se dejó caer y quedó desplomado en medio del agua y la inmundicia. Ahí permaneció, esperando, y percibió que se apartaban las cañas y descendía una escalerilla de cuerda.

El sargento bajó presuroso y se puso en cuclillas.

—¡Hijo de puta! ¡Imbécil! —exclamó, y le dio la vuelta.

Las manos de Egan aparecieron por ambos lados, apuntando cada una a la zona del cuello, debajo de cada oreja. El sargento no tuvo tiempo ni de gritar. Un leve quejido, puso los ojos en blanco y en el acto quedó inconsciente.

Egan le quitó las botas inmediatamente, se las puso y las ató apresuradamente. Luego se caló hasta los ojos la gorra de camuflaje con la estrella roja y subió con cuidado la escalera.

El claro estaba desierto. Sobre los árboles se veía una columna de humo que debía provenir de la casa, según sabía por el interrogatorio. Cruzando el bosque encontraría el río, quizá a unos cuatrocientos metros. Si lograba llegar al otro lado estaría a salvo y podría atravesar las montañas. Recogió el AK, contempló las cumbres cubiertas de nieve que asomaban por detrás del bosque y emprendió la marcha.

A unos cincuenta metros había un alambre colocado a poca distancia del suelo, que salvó con todo cuidado, y un poco más adelante otro, muy cerca del anterior, como para que nadie se lo esperara. Egan lo saltó y avanzó por entre los altos helechos, empapado por la lluvia.

No bastaba con salir. Lo difícil era mantenerse fuera, según sostenía un viejo dicho del SAE que resonó en su mente al tiempo que entre los árboles de su derecha se producía una explosión. No era una mina de tierra, porque de haberlo sido, él habría quedado destrozado. Lo más probable era que fuese una carga de alarma de las que se disparan por medio de un ojo electrónico a la altura del suelo. Todo esto se confirmó cuando una alarma comenzó a sonar cansadamente entre los árboles, desde la dirección de la casa.

Sujetó con más fuerza el AK contra el pecho y corrió en medio de la espesa vegetación.

Presintió que alguien se movía a su izquierda, y una figura con uniforme de camuflaje salió de entre los árboles, con la cabeza gacha, a recibirlo. Cuando se encontraron, Egan giró sobre sus talones, se apoyó en el suelo con una rodilla y estiró la otra pierna. El otro hombre trastabilló y



cayó, ocasión que Egan aprovechó para darle un fuerte puntapié en la sien y huir.

Le dolía la rodilla izquierda, pero el dolor por lo menos le dio más bríos, le permitió seguir, cada vez más rápido a medida que se hacía más marcada la pendiente del terreno y los helechos alcanzaban ya una altura propia de la selva. De pronto salió a un pequeño claro, en el momento en que tres soldados más aparecían entre los árboles por el otro lado.

Echó a correr sin vacilar, hizo un disparo con el AK, le golpeó la cara a un hombre con la culata, empujó a otro a un lado y prosiguió la marcha entre los árboles, muy de prisa, demasiado rápido, tanto que perdió el equilibrio.

Se levantó y siguió. No muy lejos oía el ruido de un helicóptero, pero el tiempo estaba de su parte y el bicho no se atrevió a bajar mucho. Por un vacío entre los árboles alcanzó a ver el río, medio oculto tras una capa de bruma y lluvia.

Sentía el pecho cerrado y la rodilla izquierda le ardía de dolor, pero aun así siguió andando. Más adelante se deslizó por la profunda pendiente que bajaba hasta el río. En el momento en que se incorporaba, alguien saltó de entre la espesura y le aplicó un culatazo de rifle en los riñones.

Egan se arqueó de dolor, y en un instante el rifle volvió para apretarse contra su garganta. Entonces soltó el AK y con el tacón de la bota derecha golpeó a su atacante en las canillas. Se oyó un quejido, y cuando la presión del rifle se aflojó, Egan echó la cabeza atrás hasta chocar con la cabeza que tenía a sus espaldas, acompañando el gesto con un codazo salvaje con el brazo izquierdo.

Cuando se giró, la rodilla finalmente cedió haciéndole caer sobre la pierna, mientras el soldado, con la cara bañada en sangre por la nariz partida, levantó su rodilla y golpeó a Egan en la cara, con lo cual lo hizo caer de espaldas. El hombre se acercó, dispuesto a estamparle una patada, pero Egan le aferró el pie, se lo retorció y logró que el suje-

to cayera de costado. Cuando éste intentó levantarse, Egan, que ya se había incorporado sobre la rodilla que no le dolía, le aplicó un golpe demoledor en las costillas. El soldado lanzó un grito y se desplomó.

El helicóptero no estaba demasiado lejos, pero más cerca aún se oían voces masculinas y ladridos. Egan tomó el AK y avanzó con dificultad hasta la orilla del río. La niebla era tan espesa que impedía ver el otro lado. El agua marrón, coronada de espuma, corría ahogada por la lluvia. La corriente era demasiado fuerte como para que la superara ni siquiera el mejor de los nadadores, de modo que el período de supervivencia sería mínimo.

Siguió avanzando por la orilla. Allí el nivel de las aguas se había elevado considerablemente, y había un árbol flotando, con las ramas enredadas en un arbusto. En el acto supo que ese árbol era la única oportunidad de salvarse que le quedaba, por lo cual saltó al agua y nadó hacia él. Las voces se acercaban. Empujó con fuerza, y por un instante el árbol no se movió, hasta que de pronto se soltó y empezó a avanzar en la corriente. Egan dejó caer el AK para poder sujetarse a las ramas. Los hombres ya estaban en la orilla, los perros seguían ladrando. Hubo una ráfaga de disparos, pero él ya navegaba en medio de la corriente, envuelto en una cortina de niebla y lluvia.

Hacía frío, mucho más del que nunca había tenido en su vida, y se le entumecían los sentidos. El frío era tal que ya no sentía ni siquiera el dolor de la rodilla. La corriente pareció volverse más suave, con lo cual se dejó arrastrar con lentitud, acariciado por la neblina. El helicóptero hizo un par de pasadas, pero no lo suficientemente bajo como para ponerlo en peligro, y al poco rato ya estaba bastante lejos.

Reinaba un silencio total, sólo quebrado por el susurro del agua y el murmullo de la lluvia. Su última oportunidad, con ese frío que le calaba hasta los huesos. Empezó a patear con vigor mientras procuraba empujar el árbol hacia la orilla opuesta.

Pese a lo agotador que le resultaba, prosiguió sin pausa. Sentía su propia respiración pesada, y luego percibió algo más: un rugido sordo, amortiguado, a sus espaldas. Se giró para mirar y advirtió que una lancha a motor surgía de entre la niebla y se acercaba hasta tocar las ramas del árbol.

Abordo iban media docena de soldados, pero uno sólo era el que sobresalía, el oficial que se inclinó sobre la barandilla para mirarlo. Era de estatura media, tenía poco más de treinta años, ojos oscuros de mirada penetrante y un pelo negro demasiado largo para cualquier criterio militar. En algún momento se había roto la nariz. En ese instante vestía chaqueta de camuflaje y gorra *beige* con el distintivo del SAE, alas plateadas con el lema del regimiento «Gana quién se atreve», todo rodeado por un círculo rojo sobre fondo azul. Estiró sus poderosos brazos hasta el agua para ayudar a salir a Egan.

—El coronel Villiers —musitó Egan, casi sin fuerzas—. No esperaba verlo aquí.

—Soy su oficial de control en esta misión, Sean.

—Veo que lo he estropeado todo.

Villiers esbozó una sonrisa simpática.

—En realidad —dijo—, creo que su actuación ha sido genial. Y ahora vamos a sacarlo de aquí.

El Regimiento 22 del Servicio Aéreo Especial es quizá el cuerpo más de elite de cualquier ejército del mundo, y sus integrantes son todos voluntarios. El examen de selección es tan riguroso que sólo el diez por ciento de los aspirantes lo pasan. La última prueba es la marcha de resistencia que se realiza transportando un equipo que pesa cuarenta kilos, en un recorrido de sesenta y cinco kilómetros que debe cubrirse en veinte horas. Se realiza en Brecon Beacons (Gales), una de las zonas de terreno más escarpado de toda

Gran Bretaña, zona que literalmente ha matado a muchos de los que han intentado atravesarla.

De pie frente a la ventana de la casa de campo, Tony Villiers contemplaba la lluvia que se abatía sobre los árboles del otro lado del río Wye mientras pensaba en el hombre que acababa de escapar de la muerte por un pelo.

—Dios mío, qué lugar de mierda es éste con un tiempo así.

El joven oficial que se hallaba sentado al escritorio sonrió. Según rezaba el letrero indicador del escritorio, era el capitán Daniel Warden, y dirigía los cursos en el campo de pruebas de Brecon. Villiers y él compartían además otra distinción aparte de ser oficiales del SAE: ambos eran también Guardias de Granaderos.

Warden abrió el *dossier* que tenía ante sí.

—Tengo aquí la hoja de servicios de Egan, señor, y me parece sobresaliente. Medalla al valor en Irlanda, por motivos no especificados.

—Yo sé por qué —apuntó Villiers—; en esa época trabajaba conmigo. Misión secreta en Armagh del Sur.

—Medalla por conducta distinguida en las Malvinas. Graves heridas. Hospitalizado durante ocho meses. Injertos de plástico y acero inoxidable en la rodilla izquierda, o algo por el estilo. Habla francés, italiano e irlandés. Eso no lo sabía.

—Su padre era irlandés —explicó Villiers.

—Otro punto interesante. Asistió a una escuela privada común. El Dulwich College —agregó Warden.

Al igual que Villiers, Warden se había graduado en Eton, y el coronel reaccionó:

—No sea tan esnob, Daniel. Es una buena escuela. Lo suficientemente buena como para Raymond Chandler, que estudió ahí.

—¿En serio? No lo sabía. Creía que era norteamericano.

—Claro que lo era, tonto. —Villiers se acercó al escritorio, se sirvió una taza de té de una tetera de porcelana y fue

a sentarse en el banco de la ventana—. Si me permite, voy a contarle con pelos y señales la vida de Sean Egan, datos todos confidenciales, la mayoría de los cuales no aparecerá por supuesto en su ordenador. Muchas cosas dignas de mencionar respecto de este Sean. Para empezar, tiene un tío bastante insólito. Quizá haya oído hablar de él, un tal Jack Shelley.

—¿El gángster? —Se inquietó Warden.

—Sí, hace ya tiempo. En su buena época era tan importante como los hermanos Kray y la banda de Richardson. Muy bien conceptuado en la zona de East End, de Londres. Era el héroe del pueblo, una especie de Robin Hood que iba en un Jaguar. Hizo su fortuna con el juego, brindando protección en locales nocturnos y sitios así, pero no se mezcló con nada desagradable como el narcotráfico ni la prostitución. Y era muy astuto; demasiado vivo como para terminar preso de por vida como los Kray. Cuando se dio cuenta de que podía ganar la misma cantidad de dinero legítimamente, ingresó en un mundo nuevo: la televisión, la informática, la alta tecnología. Debe de tener una fortuna de unos veinte millones, como mínimo.

—¿Y Egan?

—La hermana de Shelley se casó con un irlandés instalado en Londres llamado Patrick Egan, un exboxeador que regentaba una taberna en el barrio cercano al río. A Shelley no le hizo mucha gracia. Él, por ejemplo, nunca se casó. —Villiers encendió otro cigarrillo—. Y hay algo que debería tener bien claro sobre él. Por más que sea un multimillonario dueño de media ciudad, sigue siendo Jack Shelley para todos los delincuentes de Londres, una persona a la que hay que tener en cuenta. Se encariñó con el joven Sean; fue él quien le costeó los estudios en el Dulwich College, y el muchacho le salió bien. Obtuvo una beca para el Trinity College, de Cambridge, porque quería estudiar ética. ¿No le parece insólito que el sobrino de Jack Shelley quisiera especializarse en ética?

A esas alturas, Warden ya estaba muy interesado en el relato.

—¿Y qué fue lo que falló? —preguntó.

—En la primavera del setenta y seis, Pat Egan y su mujer cruzaron al Ulster para visitar a unos parientes de Portdown. Lamentablemente, aparcaron cerca de un camión que no debían.

—¿Una bomba?

—Sí, y poderosa. Destrozó media calle. Las únicas víctimas fueron ellos dos. Por aquel entonces, Egan tenía diecisiete años y medio. No quiso saber nada más de Cambridge y entró en los Paracaidistas. Su tío se puso furioso, pero no pudo hacer absolutamente nada para impedirlo.

—¿Egan es el único pariente de Shelley?

—No; hay una mujer de unos sesenta años, prima de Sean, creo. Ella es la que ahora lleva la taberna del padre. —Villiers frunció el ceño, mientras trataba de hacer memoria—. Ida, así se llamaba. La tía Ida. También hay una chica, Sally, que Pat Egan y su mujer adoptaron. Creo que los padres de la niña murieron cuando ella era un bebé. Shelley no la cuenta porque... no es de la familia. Él es así. Sally se fue a vivir con la tía Ida cuando Sean ingresó aquí.

—¿Sean, señor? —Preguntó Warden—. ¿No es una manera demasiado amistosa de tratarse entre superior y subordinado?

—Sean Egan y yo hemos trabajado juntos más de diez veces en misiones secretas, en Irlanda. Eso cambia las cosas. No se puede estar tanto tiempo con un hombre, arriesgar con él la vida a cada instante y todavía pretender que nos trate de «señor».

Warden se echó atrás en su asiento.

—¿Me equivoco o Egan entró en el ejército para poder vengarse de alguna manera de quiénes mataron a sus padres?

—Por supuesto que fue así. El IRA Provisional se atribuyó la responsabilidad de aquella bomba, y la reacción de

Egan fue la típica de un muchacho de diecisiete años.

—¿Y eso no lo convierte en sospechoso, señor? Supongo que todo habrá salido en los estudios psicológicos que se le hicieron.

—O quizá los estudios demostraron que era la persona perfecta para lo que necesitábamos; según como se mire. Cuando Egan tenía un año de edad, sus padres se trasladaron de Londres a Armagh del Sur, y después a Belfast. Cuando el niño tenía doce años regresaron a Londres porque se habían cansado de la situación que imperaba en Irlanda. De modo que era un muchacho católico —por poco o mucho que esto signifique—, que tenía experiencia en el Ulster y además hablaba bastante bien el irlandés porque su padre se lo había enseñado. Suficientemente inteligente como para ganar una beca en Cambridge. Vamos, Daniel... a los seis meses de haber ingresado ya se había destacado del montón. Además, posee otra cualidad muy especial.

—¿Cuál, señor?

Villiers se acercó a la ventana y desde allí se puso a mirar la lluvia.

—Tiene el instinto de matar, Daniel. No vacila. Nunca he visto a nadie como él. Sé positivamente que como agente secreto destacado en Irlanda ha asesinado a dieciocho terroristas del IRA, del INLA...

—¿A su propia gente?

—¿Le extraña porque él es católico? —le replicó Villiers—. Por favor, Daniel... Nairac era católico, pero también era un oficial de los Guardias de Granaderos, y eso fue lo único que les interesó a los del IRA cuando lo mataron. De todos modos, Sean Egan nunca ha demostrado preferencia por nadie. También despachó a varios importantes pistoleros del lado protestante.

Warden bajó la mirada y la posó en el *dossier*.

—Qué personaje —murmuró—. Y ahora usted tiene que anunciarle que su carrera se ha truncado a los veinticinco años de edad.